

BERNARDO MUÑOZ CARVAJAL

El violinista de la ronda de Dalt



CRÍMENES, VENGANZA Y MISTERIO.
UN NUEVO CASO PARA VÍCTOR ITÓIZ

El violinista de la ronda de Dalt

Bernardo Muñoz Carvajal

El violinista
de la ronda de Dalt

COLECCIÓN
LITERADURA



Primera edición: noviembre de 2021

© Bernardo Muñoz Carvajal, 2021

© de la presente edición: Editorial Funambulista, 2021
c/ Flamenco, 26 - 28231 Las Rozas (Madrid)

www.funambulista.net

IBIC: FA

ISBN: 978-84-124545-2-9
Dep. Legal: M-31094-2021

Maquetación de interiores y cubierta: Gian Luca Luisi

Motivo de la cubierta: *Réquiem*, © Editorial Funambulista, 2021

Impresión y producción gráfica: Safekat

Impreso en España

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)»

Reservados todos los derechos. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información ni transmitir parte alguna de esta publicación, cualquiera que sea el medio empleado —electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc.— sin el permiso previo por escrito de los titulares del *copyright*.

El violinista de la ronda de Dalt

A mi padre.

INTRODUCCIÓN

*You've been running
And hiding much too long.
(Has estado corriendo
y escondiéndote demasiado tiempo.)
Layla, ERIC CLAPTON / JIM GORDON*

El relato de Lucas Massías

LAYLA

DEBES CREERME, AMIGO MÍO, si te digo que Layla es una mujer extraordinaria. Esbelta como un junco, ágil como una gacela y de una belleza tan profunda que perturba: la piel de porcelana, el cabello azabache, los labios como dos borbotones de sangre fresca y unos ojos que serían la envidia del mejor tallista de zafiro. Una belleza profunda, ancestral, con la que apenas puedes recrearte, ya que, en cuanto la observas, empiezas a sentir miedo. Porque Layla exhala peligro por cada uno de sus poros. Su aliento transmite el frío de la estepa y su mirada es tan apreciativa como la de una loba sobre su presa. No se le conocen amores. Unos afirman que es virgen, ya que ningún hombre se atrevería a seducirla. Otros, en cambio, aseguran que la mujer lleva tatuada, a la altura de su bajo vientre, una esquila escrita en caracteres cirílicos advirtiendo que ella no ha venido al mundo para crear vida, sino para traer la muerte. Algo muy difícil de comprobar, ya que nadie se atreve a decir que la ha

visto desnuda. Si deseas saber mi opinión, te diré que creo que su sexualidad es la de la mantis religiosa, que no existe rastro de sus amantes por la sencilla razón de que los devora en cuanto la han satisfecho. Aunque a veces creo que todo son mentiras, habladurías inevitables expandidas al albur de su leyenda. Porque, si en algún punto coinciden todos, desde los criminales que la contratan hasta los agentes de la autoridad incapaces de detenerla, es en que Layla es la sicaria más fría, profesional y eficaz que jamás ha conocido el mundo del hampa. Un ángel de la muerte que actúa por encargo de personas miserables —ocultas casi siempre bajo un disfraz de respetabilidad— para ejecutar el trabajo más terrible que puede realizar un ser humano: segar la vida a otro. Layla lleva a cabo su labor con total precisión. No se le conoce ningún fallo, ni siquiera el menor cabo suelto. Dicen que, cuando mata, su rostro se transforma en una máscara que no deja traslucir emoción alguna, ni frío ni calor, ni odio ni piedad.

Supongo, amigo mío, que con cuanto te he explicado te habrás hecho una idea precisa de la clase de mujer de la que te hablo. Pues bien, prepárate para la gran contradicción: en la misma medida que afirmo que Layla es una persona despiadada y letal, también puedo asegurar, sin temor a equivocarme, que bajo la piel de esa fría asesina se esconde una mujer pía y muy devota.

No es fácil cruzarse en el camino de Layla, salvo que ella así lo decida, y en este caso estarás a punto de morir. Pero, si existe alguna posibilidad de verla sin que tu vida corra peligro, será en el recogimiento interior de alguna iglesia. Podría pensarse que tiene preferencia por los templos ortodoxos, pero lo cierto es que no le importa a qué rito esté consagrado el lugar al que acuda, siempre que sea cristiano, le brinde intimidad y el templo disponga de velas o cirios votivos. Suele aprovechar los momentos de escasa afluencia

de fieles, fuera de horarios de culto, y tiende a escabullirse entre los claroscuros de las bancadas más alejadas. En ocasiones cubre hombros, cabellos y parte del rostro con algún chal de discretos colores, quién sabe si en señal de respeto o para tratar de pasar desapercibida. Yo creo que la mueve el pudor sincero. Layla debe saber que una mujer con su espectacular porte nunca logrará confundirse del todo entre la masa de feligreses, por más que esconda la cara. Y que esta exposición, para alguien de su gremio, supone aceptar un riesgo. Sin embargo, el peligro que conllevan estas apariciones nunca le ha impedido llevarlas a cabo. Claro que jamás repite iglesia, y pocas veces ciudad o país. Su territorio de trabajo se extiende a cualquier nación del mundo, por lo que, estadísticas en mano, resultará muy difícil que algún día tropieces con ella. Pero, si alguna vez sucediera, recreáte en la perfección de sus movimientos mientras toma un cirio votivo, lo enciende con sumo cuidado y lo traslada, protegiendo la llama con una mano, hasta la base de algún icono local. A continuación, la verás arrodillarse, juntar las manos, agachar la cabeza y mover los labios al son de una plegaria muda. Y aunque a buen seguro sus ojos estarán protegidos por unas gafas de sol, si eres capaz de observar, comprobarás cómo, bajo los cristales, resbalan las lágrimas.

Impresionante, ¿verdad?

Claro que quizá pienses, amigo mío, que Layla no es la primera asesina encomendada a Dios, y que muchos son los criminales que tratan de limpiar su conciencia o sus pecados mediante acciones pías, sinceras o no, como si estas pudieran obrar el prodigio de borrar las fechorías cometidas. Te aseguro que te equivocarás si piensas así de ella. Por difícil que resulte de creer, la liturgia de esta sicaria responde a una suprema actitud de respeto. Layla enciende una vela por el alma de cada persona que va a matar. Después coloca

una pequeña fotografía de la víctima en la base de la palmatoria y reza por ella hasta que la cera desdibuja la imagen, mezclando en su plegaria la oración y el llanto.

Dicen que, una vez que ha ejecutado el encargo, la mujer necesita implorar de nuevo por el espíritu de la persona asesinada. Esto no podría afirmarlo. Pero te aseguro que, si alguna vez, en el interior de cualquier iglesia o templo, descubres tu fotografía cubierta de cera bajo un cirio consumido, a partir de ese momento, amigo mío, podrás darte por muerto.

¿Alguna vez alguien llegará a saber, más allá de Layla, en qué oscuro altar se descompuso la imagen de Marco Grecco?

Él seguro que no.

Y eso contando con que Marco, por su oficio, está más que acostumbrado a tratar con la muerte. Con la de otros, claro. Aquel día, como cualquiera de los que han conformado sus treinta y un años de existencia, nada le hace suponer que será el último.

El hombre, tras atusar la espesa barba que añade un rictus de gravedad a su rostro aniñado, acaba de componer el nudo de la corbata. En aquel curioso trabajo que le ocupa desde hace un par de años, la pulcritud en la imagen es fundamental. Satisfecho ante el resultado que le devuelve el espejo, abandona el vestuario y se dirige al punto de encuentro. Atrás, al resguardo de una taquilla, ha dejado su ropa de calle, mucho más informal: pantalones de pitillo, camiseta de colores chillones y una americana entalladísima. En la vida real, Marco está mucho más cerca de la estética hípster que de la recreación del joven Verdi con que parece haberse disfrazado. Al llegar a la oficina de información, comprueba que sus compañeros ya han llegado. Todos lucen un aspecto tan atildado como el suyo.

Destaca sobre todo la mujer, quien ciñe su cuerpo, grande en todos los sentidos, con un traje negro que la envuelve desde los hombros hasta los tobillos. Un atuendo propio de una velada nocturna, que contrasta con los rayos de sol que, a través de los grandes ventanales, se filtran en el interior del edificio. Apenas son las once de la mañana. Tras los saludos de rigor, Marco comprueba el estadillo que pende en un tablón. Primer contratiempo. Al parecer, ha habido un cambio de horarios y a Marco le tocará actuar dentro de quince minutos. Lo hará en solitario.

En ese tipo de espectáculos no son habituales las interpretaciones solistas. En general, los familiares optan por tríos o cuartetos, para que estos adornen con sus melodías la ceremonia de despedida a sus seres queridos que acaban de fallecer. Este es el cometido al que se aplica Marco, así como el resto de músicos contratados por el tanatorio: tocar piezas a la carta ante un auditorio compuesto siempre por un muerto, como mínimo, y una cantidad indeterminada de seres vivos, en distintos grados de aflicción. El repertorio es bastante variado, aunque pivota sobre unos ejes consensuados como comunes: piezas reconocibles de música religiosa, fragmentos seleccionados de grandes autores clásicos o temas populares de alcance universal. Al final, estos temas acaban conformando un peculiar *hit parade*, una lista de éxitos liderada por verdaderos todoterrenos como el *Ave María* de Schubert, el *Adagio* de Albinoni o el *Imagine* de John Lennon. Además, atendiendo a la especificidad del territorio, el tanatorio ofrece una batería de temas locales, que incluyen desde *Paraules d'amor* de Joan Manuel Serrat hasta el muy solicitado himno del Barça. Todo está tarifado, desde el número de músicos en escena hasta la cantidad de canciones a interpretar durante la ceremonia. Como si de una boda en Las Vegas se tratara.

Marco, llegado a Barcelona desde Nápoles para profundizar en sus estudios musicales, sabe que este trabajo no le aporta nada a su carrera como violinista. Pero a cambio le ofrece otros incentivos: justificar unos ingresos estables, muchísimo tiempo libre para ocuparlo en otras actividades y, de rebote, la posibilidad de ahondar en la compleja idiosincrasia del ser humano. En los dos años que lleva en el tanatorio, le ha tocado presenciar casi de todo. Muchísimo dolor y desconsuelo, como resulta evidente, llevado en ocasiones a sus extremos más aparatosos: gritos, desmayos, ataques de ansiedad o brotes de epilepsia. Pero tampoco es infrecuente la risa incontenible, la carcajada, la proclama incendiaria insuflada por el alcohol, el abucheo al cura o el insulto al difunto. En todo caso, sea cual sea el espectáculo que se desarrolle delante de ellos durante la ceremonia, los músicos han de aprender a permanecer insensibles, como si más allá de sus partituras se acabara el mundo. Algo que no siempre resulta fácil, como cuando, por ejemplo, una atractiva mujer recién estrenada en la viudedad te está tirando los tejos ante el cuerpo presente de su marido.

Marco se dirige hacia la sala tres, llevando consigo la funda en la que descansa su preciado violín. Se trata de una pieza original fabricada en 1931 por Anselmo Gotti tasada en más de treinta mil euros. Podría pensarse que se trata de un instrumento demasiado valioso para el uso al que se somete, ya que el público objetivo o no tiene oído para disfrutarlo o no está por la labor de hacerlo. Sin embargo, este detalle no parece importar a su dueño, quien lo utiliza en todas y cada una de sus interpretaciones. Él se justifica al confesarse enamorado de su sonido. Lo que no cuenta es que, además del Gotti, es poseedor de una pequeña colección de instrumentos clásicos que reúne piezas de gran valor.

Marco entra en la pequeña capilla, aún desierta, a través de una puerta lateral. Al otro lado de la sala, por detrás de la entrada principal, los familiares del difunto deben estar aguardando al momento en que se les invite a franquear el paso. No oye el runrún habitual de estas aglomeraciones, por lo que concluye que el duelo será poco concurrido. Y peculiar, intuye. En primer lugar, los ordenantes solo desean escuchar un tema, que deberá ejecutarse al principio y al final del acto. Se trata de una adaptación para violín solo de la «Lacrimosa» del *Réquiem* de Mozart, una pieza muy apropiada para este tipo de eventos pero que el público suele rechazar por demasiado tétrica. Aunque lo que más sorprende a Marco es que el ataúd, que por norma general solo hace acto de presencia cuando ha comenzado la ceremonia, preside ya la estancia. Además, a diferencia de lo que suele ser habitual, la enorme caja de madera no descansa en horizontal sobre un carrito de transporte, sino que ha sido dispuesta en vertical, alzándose como un tótem por encima del altar. Se trata de una enorme pieza de ébano a la que se le ha aplicado un barniz tan brillante que la madera ejerce de espejo y refleja buena parte de los detalles de la sala. A ambos lados, unos grandes cirios de color rojo arden con una llama mansa. El músico, al que la presencia de los muertos le produce un rechazo casi supersticioso, se persigna de forma inconsciente antes de extraer su precioso instrumento de la funda. Procurando no mirar en dirección al féretro, Marco ajusta el violín al mentón y prepara el arco. Su vista está fija en el diodo luminoso que, por encima de la puerta principal, le avisará del momento de la apertura. Tras unos segundos de espera, el piloto cambia de rojo a verde al tiempo que él escucha deslizarse las hojas de madera. Es el momento. La pieza a ejecutar es breve, de apenas un par de minutos. Durante este tiempo el violinista se concentra en la interpretación, sin que

su mente haga otra cosa que procesar las notas del pentagrama e impartir órdenes precisas a brazos y dedos, que descodifican los símbolos en música. Pero, a pesar de su grado de abstracción, Marco no puede dejar de extrañarse ante el silencio que reina en la capilla. No resulta habitual. Por ello, nada más acabar el réquiem, en lugar de agachar los ojos o concentrarlos en algún punto invisible de la sala, el músico no puede evitar mirar de forma disimulada a su alrededor. El altar está vacío, no hay ningún oficiante. Y como público solo hay una persona, arrodillada en la última bancada de la estancia. Se trata de una mujer. No logra verle el rostro, pues la cabeza está gacha y la tupida melena azabache oculta sus facciones. Tiene las manos unidas en señal de plegaria. No cabe duda, está rezando. A oídos de Marco llega un lamento, una letanía pronunciada en un idioma que desconoce. El músico se siente cada vez más incómodo. Duda de si esta puesta en escena forma parte de un extraño rito o, sencillamente, si se ha equivocado y en esos momentos se encuentra donde no debe. En todo caso, no se atreve a interrumpir a una persona que está orando. Por tanto, se limita a esperar. Los minutos pasan lentos, el lamento de aquella mujer no cesa y, a estas alturas, parece claro que no va a venir nadie para presidir la ceremonia. Marco espera lento, abrazado a su violín; la tapa del ataúd refleja su rostro y le devuelve una cara de circunstancias. Sin embargo, la incomodidad está dando paso al desasosiego y a una inseguridad creciente.

Cuando la mujer calla, el silencio invade de nuevo la sala. Justo hasta que ella decide romperlo.

—Vuelve a tocar.

La frase ha sonado silbante, gélida, sin un acento definido. El tono muestra esa clase de autoridad que hace innecesario alzar la voz. Cuando Marco gira el rostro en dirección a ella, Layla recibe

los amedrentados ojos del músico con la cara alzada, y la mirada que le devuelve es la más salvaje que pueda recibir un ser humano.

—Te he dicho que vuelvas a tocar.

Layla se ha levantado y avanza hacia el joven con ademanes felinos. Es un ángel de cuero vestido de negro de pies a cabeza. En las manos, las mismas que hace un momento aparecían unidas mientras rezaba, penden ahora dos pistolas automáticas provistas de silenciador. Está apuntando al músico, a quien el terror parece haber paralizado todos los músculos.

—Coge tu puto violín y toca. El *Réquiem*, ¿recuerdas?

Marco vuelve a mirarla y de repente lo entiende todo. Reconoce a esa mujer, a la que no ha visto nunca, y comprende que está a punto de perder la vida. El músico sabe que ni siquiera tratará de defenderse. Porque es inútil y porque, además, le faltan agallas.

Por tanto, se limita a tocar.

Las primeras notas de la «Lacrimosa» suenan inconexas, mal ejecutadas. No es de extrañar. El arco del violín se cimbraba porque la mano que lo sostiene está temblando de forma espasmódica. Y el instrumento carece de una base sólida de sujeción, ya que su dueño es incapaz de ajustarlo en la mentonera. Marco tiembla y los ojos son un mar de lágrimas, entre chispas de verdadero espanto. Pese a todo, está intentando ejecutar la melodía, como si el hecho de ser sumiso y obedecer las instrucciones de aquella mensajera de la muerte pudiera brindar alguna posibilidad de conservar la vida. El resultado: una serie de sonidos disonantes más propios de cierta música de vanguardia que de Mozart. Pero hasta esos patéticos intentos por atacar la melodía desaparecen cuando el músico percibe el frío tacto de los dos silenciadores colocados en las sienes. Ante él, con los brazos estirados, aquella fiera de ojos de zafiro y mirada de loba. La mujer comienza a hacer presión con sus armas, obligando

al músico a levantarse y a caminar de espaldas. Se diría que las pistolas actúan como un cordón umbilical a través del cual Layla transmite órdenes que el músico no puede sino obedecer. A través de ellas, va dirigiendo los pasos del joven quien, aun a riesgo de trastabillar, no se atreve a dejar de mirar a la mujer ni un segundo.

—Atrás, vamos.

Tras caminar unos pocos metros, la espalda de Marco tropieza contra un objeto duro. El golpe hace resonar la madera hueca. El violinista no necesita girarse para saber que, tras de sí, se encuentra el féretro.

—Ábrelo.

—Por favor... —gime—. No pretenderás que...

—¡Ábrelo y entra!

Marco se retuerce, aferrado a su violín como un niño a su muñeco. Lloro e implora piedad con la mirada, un perdón que, basta escrutar la fría expresión de Layla, sabe imposible. La mujer le facilita el trabajo moviendo la tapa del ataúd con el silenciador de la pistola.

—¡Por Dios, no quiero morir!

Ante una nueva presión de los cañones, el hombre vuelve a recular. Puede notar a su alrededor el tacto del raso blanco con que se ha forrado el interior de la caja. La expresión de la asesina es tan feroz que Marco se convence de que, si se lo propusiera, aquella arpía no necesitaría de armas automáticas para acabar con él. Le bastaría mover las uñas para desgarrarle el corazón; apostarí que aquellos labios carnosos esconden una dentadura afilada y puntiaguda, capaz de arrancarle la cabeza de un solo bocado.

Sin embargo, cuando la mujer abre la boca, no lo hace para atacar. Además, sus dientes son perfectos, simétricos y blancos como la nieve.

Se limita a pronunciar unas palabras. Y a esperar luego una respuesta.

Al escucharlas, Marco se paraliza. Empieza a creer que, tras la pregunta, puede existir una posibilidad de salvación.

Y articula una sola palabra, que espera sea redentora.

Tras asentir con un movimiento de cabeza, Layla cierra la tapa del ataúd propinándole una patada y dejando al hombre dentro.

El violinista se sume en una oscuridad que sabe eterna.

FIN

Un relato de Lucas Massías
Edición financiada por el autor
Tirada inicial: 1 ejemplar